

De las montañas al mar: el encuentro con mi vida

Ana María Rodríguez Velasco*

¹ Universidad Pedagógica Nacional

1. Introducción

Nací en una ciudad bella, fría y llena de luz, enclavada cerquita del cielo, pues si estiran sus brazos pueden tocar una que otra nube y si llegan a la cima de una montaña, entonces pueden tocar el cielo. Es una ciudad colorida, con un cielo azul brillante y un sol que calienta y abraza cuando sus rayos nos llegan, pero si nos alejamos, el frío es quien nos recibe con alegría. Esta ciudad tiene un nombre que inspira pero que, a la vez, representa una antítesis de su nombre porque vive permanentemente movida por la vida de sus habitantes, en desacuerdos históricos y rencillas del pasado y del presente, se llama La Paz y queda en el país mediterráneo de América del Sur, Bolivia.

Estudí Licenciatura en Trabajo Social en la ciudad de Lima, Perú; vine a México, soy mexicana por adopción, llegué a Yucatán y soy yucateca por decisión. Después de haber estado en muchos lugares, en 1983 llegué a la ciudad de México siguiendo a mi amada hermana Lucy quien sentó sus raíces en la grandiosa urbe, en ese lugar que inspira pero que a la vez asusta, en esa ciudad que no tiene ni principio ni fin y que fácilmente uno puede perderse y también, encontrarse, esa maravillosa ciudad me acogió a mí también con los grandes brazos amorosos con los que recibe a todos los que buscamos nuevos aires, otros horizontes, otras posibilidades. México me recibió con amor aunque al principio me fue difícil adaptarme a la complejidad de la gran ciudad, más en esos tiempos en los que sólo existía la Guía Roja, una especie de Google maps, pero a la antigua, que me permitía llegar al lugar donde

quería ir, me orientaba por dónde ir, pero nunca cómo regresar y así perdiéndome fui conociendo parte de ese amado lugar donde viví tres años.

Allí estudié la Maestría en Educación Superior y descubrí que tenía habilidades que no creía poseer, trabajé desarrollando esas habilidades y adquiriendo otras para poder subsistir, mucha gente fue solidaria con nosotras, aunque también, otras, las menos, mostraban su intolerancia hacia los extranjeros; eso mismo me fortaleció para seguir y aunque no estaba en mis planes quedarme a vivir en México, me esforcé para estar bien el tiempo que duraran mis estudios. Mi hermana me apoyó con su amor de manera presencial y mi familia toda, también a la distancia. Cuánto hubiera deseado que en ese tiempo existieran, los wasap, el zoom para poder compartir mi espíritu y mis aventuras con ella, mi audacia y mis temores; sólo existía el correo que demoraba un mes para llegar y otro mes para que me respondieran, entretanto, ya las noticias eran pasado.

A finales de 1983, conocí a un campechano-yucateco, quien nos invitó a pasar la Navidad en la casa de sus padres, en Mérida, Yucatán; esa fue la primera vez que llegué a esta tierra mágica. Luego en 1984 volví a Mérida y fui bien recibida por toda la familia yucateca, de origen veracruzano y Carmelita; me dicen que tomé toloache o que los cenotes me embrujaron pues regresé en 1986 con mi esposo yucateco y con mi hija a iniciar un camino incierto, pero que estaba lleno de sol, de calor, de amplitud, de magia y sobre todo cerquita del mar, condición necesaria para fortalecer mi presente y mirar hacia el futuro que se volvió pre-

Como citar: RRodríguez VelascoA. M. (2024)

De las montañas al mar: el encuentro con mi vida , (2)2, [Nueva época] 107-111

Recibido: 21 de julio de 2024. Aceptado: 23 de agosto de 2024

sente y se fue construyendo cada día con experiencias, en cada amanecer con el trinar de los pájaros, el atardecer que invitaba a la meditación, con el calor que me llenaba el alma y me movía el cuerpo. Cada día era diferente, desafiante, lleno de sorpresas, pues tenía que adaptarme a la forma de ser de los yucatecos, a su manera de hablar que muchas veces no entendía ni ellos tampoco a mí. . . a descubrir que la ciudad es mágica, amorosa, con lugares que invitan al amor, a amar, a enriquecer el espíritu. Su cultura me cautivó, su comida me fue envolviendo en sabores desconocidos, inexplorados pero que no solo alimenta el cuerpo, sino que también despierta el alma. El mar fue la visión perfecta de una vida perfecta: con quietud, serenidad, frescura, amorosidad e inmensidad. Por todo ello y mucho más, decidimos echar raíces aquí y no me arrepiento de ello. Aquí inicia el camino del crecimiento personal, intelectual, espiritual y profesional.

A finales de 1990 conocí en una cena a una maestra admirable, de temperamento fuerte, pero con mirada tierna, orgullosa de ser yucateca pero abierta a otros y otras que no nacimos aquí, me refiero a la Mtra. Amelga María Moguel Aguilar quien trabajaba en la Universidad Pedagógica Nacional. Es a ella precisamente a quien tengo que rendirle homenaje y estar eternamente agradecida por haberme invitado a ser parte del cuerpo docente de la Unidad 31-A considerando mi currículum y experiencia profesional. Sin conocerme bien, me introdujo con generosidad a este espacio lleno de contradicciones, fuerte y combativo. El director el Mtro. Yanuario Ortiz, me aceptó desde un inicio, sin embargo, tenía que pasar por una entrevista donde demostrara mi capacidad y mis dotes. Luego firmé un contrato. Reitero mi reconocimiento y agradecimiento a estas dos personas que sin conocerme me dieron la mano y me iniciaron en el gran camino de la docencia y del servicio. Al año siguiente, 1992, presenté examen de oposición y gané la base.

Ingresar a la UPN implicó una revolución para mí en todos los sentidos, profesionalmente incursionaba en el área educativa de un país dis-

tinto al mío; me enfrentaba a una nueva modalidad educativa que manejaba otro enfoque teórico conceptual y metodológico que si bien no me era desconocido, representó un reto entenderlo y asumirlo como propio; transitar de una docencia tradicional hacia una docencia innovadora, reflexiva y crítica me movió mucho los esquemas que tenía ya que exigía un nuevo rol docente, una relación horizontal con los estudiantes, un desaprender y aprender en un ritmo constante. . . .

En el área personal también repercutió mi ingreso, tuve que elegir entre el estudio de la carrera de Antropología y el trabajo en la Unidad; reorganizar la atención a los dos hijos pequeños quienes solidariamente se acomodaron a los nuevos tiempos; mi esposo apoyando desde distintos frentes. . . correr entre guardería, facultad, preparación de clases, lectura de textos que eran nuevos para mí, todo al mismo tiempo. . . pude hacerlo y ahora que lo miro retrospectivamente, admiro a mi familia y me agradezco por haber empezado un nuevo camino. Empecé a amar a la docencia, a los compañeros y compañeras, a todo lo que era la Unidad con sus contradicciones, encuentros, desencuentros, luchas de poder, pero también espacios de aprendizaje permanente, de participación democrática, de desarrollo de habilidades y sobre todo de conocimiento de la realidad educativa mexicana.

Mi hijo, el más el pequeño, se volvió asiduo visitante a la Unidad, fue parte de la planta docente y administrativa, se movía por todos lados y jugaba con otros niños y niñas, igual hijos del personal. Se volvieron parte del ambiente de la institución. Valoré y valoro la flexibilidad y solidaridad de las autoridades de la Unidad al posibilitar la presencia de los hijos, pues no todas las instituciones son tan abiertas para permitir que ellos compartan el tiempo de trabajo de sus madres con ellos. Una razón más por la que agradecí y sigo agradeciendo el sentido humano de todo el personal que se constituyó en mi segunda familia.

Inicié mi carrera docente en la Licenciatura en Educación Preescolar y Primaria para el Medio Indígena, (LEPEPMI90), programa que, como yo,

también iniciaba en la Unidad. El primer día me marcó mucho pues la pugna interna era fuerte y afectaba a todos los niveles de la institución y con ello, yo no era bienvenida entre el grupo de docentes que formaban el equipo de ese programa. . . La Mtra Amelga me decía que aguantara un mes y que, si no me gustaba, ella entendería y dejaría que me fuera. . . . Aguanté un mes, un semestre, y otro y otro y aquí me tienen, cumpliendo 33 años de vivir y disfrutar cada día lo que hago.

Fui involucrándome en el programa, en las materias del Eje Metodológico, en las Propuestas Pedagógicas, en los procesos formativos de los alumnos y claro, en el mío también pues todo era nuevo y constituía un reto. La vida para mí siempre fue un reto. Empecé a viajar a reuniones nacionales convocadas por la Unidad Ajusco para analizar las materias, los contenidos, la articulación entre el área básica y la terminal, los procesos de titulación, me involucré con alma vida y corazón, sólo así concibo la vida, dejé fluir los procesos y ellos me involucraron.

Con el tiempo, sin darme cuenta, entré a la lucha sindical, pues fui tesorera de la Delegación D-II-62, luego fui Secretaria General del Sindicato y me involucré en procesos de reivindicación laboral, de demandas por prestaciones, por contratos, por movilidad de categorías. Fue una gran experiencia que me hizo dar cuenta que se tenía que vivir con principios y mostrar actitud congruente y ética. Fortaleció mi compromiso social e institucional. Desde ese entonces, no he dejado de seguir luchando, reclamando y buscando aquello que considero justo y que dignifica el trabajo educativo.

En 1997, la descentralización educativa a nivel nacional nos alcanzó y gracias a nuestra lucha para impedir la injerencia total de las autoridades de la SEP logramos, con la participación de todos y todas las compañeras de la Unidad que se emitiera el Decreto N° 7 expedido por el Gobernador de ese entonces donde reconocía nuestra condición de institución descentralizada dependiente en lo académico de la Unidad de Ajusco y en lo administrativo de la Secretaria de Educación

del Gobierno del Estado, documento que hasta la fecha nos permite desenvolvemos con cierta autonomía académica.. Fue un logro de toda la Unidad, allí se vio que, a pesar de sus diferencias, los y las trabajadoras defendimos con amor la institución.

Simultáneamente a la docencia en la LEP-EPMI, estuve como docente en la Licenciatura en Educación Plan 85; mi paso por ese programa fue corto, sin embargo, enriquecedor dado a que tenía que estudiar mucho más que los alumnos que eran docentes en servicio y fue un desafío que acometí con seguridad, aunque también con miedo. Aprendí sobre la práctica docente, los problemas de los maestros y maestras, sus frustraciones y también sus alegrías; fue un espacio de aprendizaje compartido y allí refrendé la idea de que quien enseña también aprende y quien aprende también enseña. Mi perspectiva pedagógica se enriquecía con cada experiencia. De igual modo, participé en la Licenciatura en Educación Plan 94, con un semestre. Las cargas docentes se distribuían de martes a sábado en la modalidad semiescolarizada, lo que permitía participar en varios programas educativos de manera simultánea y yo me prestaba a ello.

A lo largo de todos esos años, se organizaron procesos formativos para los y las docentes, reuniones académicas, talleres sobre la figura jurídica, descentralización, cuerpos académicos y en todos ellos participé activamente, nada me fue indiferente, todo me invitaba a involucrarme con verdadero compromiso.

Así también participé en la Maestría en Educación, campo Desarrollo Curricular, siendo adjunta del Mtro. Manuel Mercader en el Seminario de Desarrollo Humano, un espacio nuevo para mí, pero donde aprendí la Pedagogía del Silencio que era la forma de trabajo del Mtro. Mercader. Para el año 1997, a raíz de la descentralización educativa a nivel nacional, se organizaron procesos democráticos de elección del director de la Unidad donde participó todo el personal de base de la Unidad, siendo elegido el Mtro. Freddy Xavier Espadas Sosa. Esta nueva organización institucional

implicó la creación de la figura de la Subdirección Académica y como me gusta siempre asumir retos y desafíos, fui elegida para desempeñar ese cargo. Me invadía el temor, la inseguridad y el desconcierto; sin embargo, dada la naturaleza de la nueva estructura orgánica de la Unidad, hicimos equipo el director, el jefe Administrativo y yo para acometer con la gran tarea de darle sentido y dirección a la Unidad... Se conformó el Primer Consejo de Unidad, organismo que tenía las atribuciones de definir las políticas, directrices y acciones educativas de la institución. En mi calidad de Subdirectora Académica fui la Secretaria de ese Consejo por tres años. Ya había adquirido experiencia en todos los niveles, ya manejaba con conocimiento los aspectos laborales, académicos y sindicales. Seguía adquiriendo experiencia, aprendiendo cada día nuevas cosas, sorteando las luchas internas, mediando entre los compañeros; fue un espacio desafiante y de trabajo intenso y comprometido. En ese periodo se generaron documentos importantes que regulan hasta hoy la vida institucional de la Unidad. En dos ocasiones más, fui Consejera Académica ante el Consejo de Unidad.

Como parte del desarrollo académico, la Unidad se incorporó a una propuesta nacional para impartir la Maestría en Desarrollo Educativo vía medios, en la cual participé primero como docente y luego como Coordinadora, programa que nos recordó la vinculación académica con la Unidad Ajusco. Nuevamente una experiencia de aprendizaje.

Para el año 2002 una nueva oferta educativa se ofreció a nivel nacional y la Unidad la asumió y convocó a todos los y las docentes a involucrarse, este programa fue la Licenciatura en Intervención Educativa, con otra modalidad, dirigida a bachilleres, con sistema escolarizado, con prácticas profesionales y servicio social y líneas de formación específicas. Un salto en nuestra experiencia docente, un desaprender para volver a aprender, un movimiento académico fuerte, retador, pero a la vez con inseguridades que implicaba entender el modelo por competencias, hacer

docencia de otra manera, centrarnos en el aprendizaje y no en la enseñanza, elegir una línea de formación pues se ofertaban para la Unidad dos de las 6 que tiene el programa educativo: Educación de las Personas Jóvenes y Adultas y Gestión Educativa. Yo elegí la primera pues estaba vinculada a mi formación profesional y fue una elección acertada.

Nos organizamos en grupos para formarnos a través de diplomados y especialidades y allí comenzó una nueva etapa para mí ya que fui parte de un equipo de 5 docentes que asumimos nuestra formación con compromiso. Una nueva aventura académica iniciaba. Como en todos los otros programas, tuvimos que estudiar, trabajar en equipo, formar nuestra academia, realizar seminarios permanentes de formación en el campo de la EPJA. Entender la línea de formación supuso un constante trabajo individual y grupal, los retos eran grandes, la demanda también exigía una mayor preparación en términos de diseño de programas analíticos, revisión de contenidos, elección de estrategias didácticas y procesos de evaluación congruentes con el modelo educativo, un cúmulo de acciones que me mantenía siempre corriendo, siempre ocupada, siempre aprendiendo. Como coordinadora de la LIE, organizamos una serie de eventos académicos con los estudiantes: presentaciones de proyectos, intercambio académico con otras unidades, talleres, seminarios, etc. No me estaba dada la quietud. Seguía en constante movimiento y aprendizaje, puedo decir que mi sentir y mi hacer estaban alineados con mi ser.

Con la Línea EPJA iniciamos nuestra participación en la Red de Educación de Personas Jóvenes y Adultas hace 25 años. Personalmente me involucré en el Consejo de la Red como consejera de la región sur sureste, esto implicó iniciar viajes a las reuniones nacionales, en las que participaba desde su organización hasta su realización.

Así, gracias a la UPN pude conocer muchos estados de mi querido México y creo que fui aportando desde mi quehacer académico, a consolidar la línea y la Red EPJA. Participamos en el diseño de la Especialización en Educación de Per-

sonas Jóvenes y Adultas y lo implementamos en la Unidad. Solo se abrió para una generación.

En medio de toda esta vorágine maravillosa de mi quehacer profesional, tuve una gran pérdida familiar pues en el año 2014 falleció mi hermana por la que llegué a este país y con quien viví los primeros años en la ciudad de México.

Ello repercutió en mi salud y fui sometida a una cirugía de columna con prótesis en el año 2016. Quedé bien, me recuperé físicamente y seguí adelante.

En 2019 gocé del año sabático y realicé una investigación que permitió evidenciar los aportes de la Línea EPJA a la formación de educadores de personas jóvenes y adultas a partir del análisis documental y de los aportes de egresados de la Licenciatura.

Me reincorporé y para ese entonces, otra vez mi salud se vio afectada y pasé la pandemia del COVID impedida para caminar, hasta que finalmente en el año 2021 volví a tener otra cirugía de columna con más prótesis, algo difícil pero que me permitió valorar la vida, a las personas, rectificar acciones y replantearme el futuro.

Después de la pandemia y de haber tenido incapacidad por Acuerdo Presidencial, me reincorporé a mis actividades académicas en la LIE en noviembre de 2022.

Mi compromiso docente y el amor que le pongo a lo que hago, siguió vigente en mí; sin embargo, las condiciones de salud me obligaron a disminuir mis tareas, a evitar mayores compromisos (contra mi voluntad) y a asumir otras responsabilidades institucionales, razones por las cuales, decidí detener mi marcha académica dentro de la Unidad para vivir un presente más tranquilo, más sereno y lleno de ilusiones, de disfrutar el amanecer en la playa, de tener tiempo para recrear mi vista y mi alma a través de los libros no leídos, de abrazar y ser testigo presencial del crecimiento de mi nieta, de poder realizar un sueño de siempre que es el de viajar en un crucero y llenarme de sol, de mar y de cielo. Decidí pasar a otra

etapa en mi vida: ya no trabajar en la Unidad, pero si en mí, conmigo y para mí.

Todo esto será posible gracias a mi paso por la Unidad 31-A de la Universidad Pedagógica Nacional, que me regaló una vida llena de satisfacciones, aprendizaje y experiencias inolvidables.